

Punto de sus-
cripcion. Madrid
Llibreria de su E-
ditor don Ignacio
Boix calle de Car-
retas, núm. 8; Li-
breria Belga-fran-
cesa, calle de Pre-
ciados, núm. 2

Las cartas y re-
clamaciones se diri-
gian a la redaccion
libreria de Boix.
fraucos de porte.

Revista

DE



PERIODICO SEMANAL

DE LITERATURA, SÁTIRA Y BELLAS ARTES.

Precios de suscri-
cion.

Madrid 8 rs. al
mes llevado á las ca-
sas; 14 por dos me-
ses, y 20 por tri-
mestre.

Idem de las pro-
vincias: 10 rs. al
mes, 16 por dos me-
ses, y 20 por trim-
estre.

TEATRO ANTIGUO Y MODERNO.

II.

Por el contrario, las comedias de Lope y demas poetas que lo imitaron, debieron correr una suerte muy distinta porque resplandecian en ellas todas las dotes que necesitaba tener para agradar al pueblo español, y porque sus defectos no eran de naturaleza que pudiesen ser percibidos por el mismo pueblo, menos escrupuloso en la parte literaria que ansioso de gozar de un espectáculo nuevo y entretenido. Instruido Lope como el que mas en la literatura antigua, vió que sin embargo era preciso dejarla en los libros y no trasladarla al teatro donde no podia hallar simpatias. Estudió el carácter de su época, y creó el drama que la convenia; no un drama grosero, propio solo del vulgo, sino digno tambien de las gentes instruidas de aquel tiempo; porque sin esta última circunstancia, hubiera compuesto farsas mas ó menos divertidas, pero sin aquella vida que ha transmitido tantas comedias suyas hasta nosotros, y nos hace leer algunas con un placer indecible. Al enredo y al interés de novela que embelesaban á la multitud, á las gracias y bufonadas que aplaudia el pueblo, unió calidades literarias de sumo valor, como poesia encantadora, versificación fluida, conceptos tiernos y delicados, caracteres bien delineados; y estas prendas que son de todo tiempo, añadieron al aplauso del vulgo la aprobacion de los inteligentes, aprobacion que aun dura, porque ellas son las que constituyen su verdadero mérito, y que el valor literario es el único que eterniza las producciones del entendimiento.

Dado el ejemplo por Lope, adivinado el dra-

ma que convenia á su siglo, tuvo infinitos imitadores, de los cuales los unos exageraron sus defectos, y otros perfeccionaron sus bellezas: de aquellos, apenas queda la memoria, ó no se leen sus dramas sino para despreciarlos; y entre estos hubo sublimes ingenios que si no siempre acertaron, produjeron algunas obras admirables, no empero exentas de defectos muy notables y sensibles.

Estos defectos no eran de los que en aquella época se apercibian ó afeaban; pero en la actualidad se conocen y no se perdonan: se perdonan, si, á aquellos ingenios en gracia de su celebridad y admirable talento; pero aun así hacen hoy insufribles en la representacion, y hasta en la lectura, muchas de sus obras, y causarian indudablemente el descrédito de cualquiera composicion moderna que intentase reproducirlos. La escensiva complicacion de la intriga, la inverosimilitud de los lances, lo violento de los desenlaces en lo general poco felices, la mala coordinacion de las escenas, el frecuente cambio de las decoraciones, las chocarrerías de los graciosos, las imágenes impropias y extravagantes, el culturanismo en los conceptos, la oscuridad y afectacion del lenguaje, estos y otros defectos imperdonables ahora, no lo eran entonces aun para los hombres mas entendidos; y tampoco lo era la falta de colorido histórico y de verdad en los caracteres, cuando ponian en la escena personajes célebres: el lenguaje nada conforme con sus hechos y creencias; la ausencia casi total de pasiones teatrales, ó por lo menos la poca habilidad para desenvolverlas, para expresarlas con su lenguaje propio, y comunicarlas á los espectadores. Si por una parte hacian descender á sus graciosos hasta lo mas infimo de la sociedad, por otra colocaban á los demas personajes; sobre todo á sus damas y galanes, en una esfera superior á la humanidad donde no alcanzan muchos afectos

peculiares de esta, y donde la misma elevación de los conceptos excluía la naturalidad en la expresión. Especie de semi-dioses, amoldados casi todos á un mismo tipo, se espresaban tales personajes de igual modo, y estaban siempre á una misma altura; de suerte que pasando el poeta de la suma bajeza á ese tipo ideal, casi nunca pintaba el hombre verdadero. Hay ciertamente escepciones de esta regla; y en el número inmenso de comedias que dieron á luz aquellos fecundos poetas, se pueden entresacar trozos de verdadera pasión, de sencilla naturalidad, de conocimiento profundo del hombre; pero estos trozos son como Oasis en el desierto; no cambien el aspecto general de aquel teatro que está todo sujeto á un sistema particular, bueno para entonces, que tiene cosas excelentes, y sobre todo muy adecuadas al gusto español, pero que no se podría reproducir ahora en su integridad sin esponerse á graves errores y á una caída segura.

La sociedad ha progresado desde la época en que se escribieron aquellos dramas: el siglo actual y el de Lope no se parecen en nada: los gustos son diferentes, los afectos distintos, las necesidades intelectuales mas exigentes ahora que entonces: el drama por lo tanto ha debido variar en la forma y en la esencia. Ya no satisfacen nuestra ansiedad aquellas composiciones donde solo se procuraba ostentar un lujo excesivo de poesía, y que si halagaban la imaginación, raras veces conmovían el alma. Se exige mas arte, mas estudio, mas profundidad. ¿Trátase de la acción? Se quiere que sea mas natural sin dejar de interesarnos; que las situaciones se sucedan unas á otras sin esfuerzo, y que á pesar de esto sorprendan; que haya á un tiempo verosimilitud y artificio. ¿Trátase de caracteres? Se exige en ellos mas propiedad; que si son ideales se encuentre su tipo en la sociedad; si son históricos, se ajusten á lo que nos cuentan de los personajes sus respectivos anales. ¿Trátase de pasiones? Han de ser siempre conformes á la situación; han de tener mas vida, mas movimiento, se han de desarrollar con mas prolijidad, mas acierto. ¿Trátase en fin, de lenguaje, de versificación? Sin escluir la poesía, la gala de las imágenes y la variedad de metros, hay que precaverse de los excesos que en esta parte desdoran nuestras antiguas comedias, desterrando la hinchazón, la pompa inútil, los conceptos alambicados, la afectación ridícula, y poniendo en boca de cada personaje, ni mas ni menos que las palabras que corresponden á su situación y carácter. Todas estas nuevas calidades y otras muchas que se exigen ahora en el drama, mientras antiguamente apenas se pensaba en ellas, hacen que esta clase de composiciones sea mas difícil para nosotros y que por consiguiente no se pueda

ser tan fecundo, ni alcanzar tan frecuentemente el acierto.

✕ No es este el lugar de examinar si los dramas modernos cumplen con tan penosas condiciones: no pretendemos analizarlos, ni mucho menos hacer su apologia; tratamos solo de combatir una opinión á nuestro parecer errónea, manifestando que la comedia antigua ha pasado, para quedar solo como un monumento literario digno de admiración, y que no se debe exigir que los ingenios modernos se sujeten á su forma, requiriendo el teatro ahora muy distintas condiciones.

✎ Esta variación proviene principalmente de tres causas: de los progresos de la ilustración; del conocimiento que hemos adquirido de otras literaturas y de otros teatros; del diverso estado social y político en que nos hallamos.

Si las ciencias han progresado infinito de dos siglos á esta parte; si los conocimientos de toda especie han recibido mayor extensión, no solo en cantidad y calidad, sino tambien respecto del mayor número de personas á quienes alcanzan; si particularmente los históricos han llegado á tal punto de perfección que tenemos una idea mucho mas cabal de los tiempos pasados; ¿no será fuerza que haya en los dramas actuales mas exactitud en los caracteres, mas verdad en la pintura de las costumbres, y sobre todo mas filosofía? ¿No han de ser mas descontentadizos los espectadores modernos, cuando escenden á los antiguos en ilustración y exigencias? Y al hablar de espectadores, no aludimos á los que van únicamente al teatro á recrear sus ojos con el mero espectáculo, que prefieren á todas las tramoyas y los lances estrepitosos; tratamos de los que son capaces de juzgar con acierto del mérito literario de una obra, los cuales se hallan tambien ahora en mayor número que antes.

La influencia de la literatura dramática extranjera ha debido ser poderosa en la nuestra, como tambien la nuestra ha influido en la de otros países. El teatro español no tuvo poca parte en la formación del teatro francés: si nuestros vecinos adoptaron como base de su literatura dramática la de los griegos y romanos, no lo hicieron, sin embargo, tan servilmente que no introdujesen en ella modificaciones esenciales, adecuadas á la diferente índole de los tiempos, y tomadas del conocimiento que ya tenían de nuestra escena. Creyeron entonces que su literatura era la mas perfecta; creyéronlo luego con ellos otros muchos entre nosotros; y de aqui nació una reacción contra nuestro teatro, reacción que fue poco fecunda en obras de mérito, y que por lo tanto no ha podido tener cumplido efecto, habiendo cesado enteramente de algunos años á esta parte. Pero de que la literatura clásica no haya podido aclimatarse en España, ¿seguirase por esto que su influencia ha sido nula? ¿No habrá

dejado ningunos restos? ¿No habrá debido dejarlos? ¿No tiene semejante literatura nada bueno, nada laudable, nada digno de ser imitado? ¿Será todo en ella vituperable, antipático para nosotros, opuestos á nuestra nacionalidad? No por cierto; y la literatura clásica tiene prendas de tan alto valor, que n. es posible desconocerlas ni conviene desecharlas. Fundada en la razón y el buen gusto, podrá ser pálida muchas veces; pero, ó bien la razón y el gusto han de ser cosas reprobables en literatura, lo que es absurdo, ó bien las composiciones en donde resplandecen en alto grado estas dos calidades, tienen que hacer una impresión poderosa, y causar una revolución donde la imaginación habia campeado casi exclusivamente. Y así ha sucedido. Por mas que se hable contra la literatura clásica, el efecto de ella en la nuestra ha sido real, permanente, ha contribuido á enmendar muchos de nuestros desaciertos, y en vano nos resistimos contra sus preceptos: algunos han quedado y quedarán para ser observados, mal que les pese á sus enemigos.

Así como la literatura clásica ha dejado sus huellas en la nuestra, así las debe dejar la romántica, comprendiendo en esta, no solo la que lleva este nombre en Francia, sino también la inglesa y la alemana. Los dramas de esta clase nos han dado á conocer que además de las brillantes comedias de nuestros antiguos, además de las bellas producciones clásicas de los franceses, pueden existir creaciones menos regulares que estas, menos floridas que aquellas, pero mas filosóficas, mas profundas, de pretensiones mas altas; que conmuevan fuertemente, que pinten con mas exactitud, que se apliquen á asuntos que en las otras no cabrían; y este descubrimiento ha debido inspirar naturalmente el deseo de aprovecharlo, y de hacer dar á nuestro teatro un nuevo paso hácia la perfección. Uníase á esto que semejante innovación ayudaba á romper los lazos del clasicismo, que ya parecían pesados, pero de los cuales no podíamos salir, porque no teniendo antes mas punto adonde dirigirnos que al teatro antiguo, cada vez que se quería volver á él, se conocía que habia pasado su tiempo, y que los ingenios modernos habían mal en estraviarse de nuevo en sus sendas ya obstruidas. Por otra parte la libertad que el nuevo género concedía dejaba mas á sus anchuras la imaginación española, esta imaginación que tanto gusta de espaciarse sin trabas, vióse ó creyóse ver una mina rica de argumentos y situaciones; persuadiéronse todos de que acomodándose mas el romanticismo al genio español, teniendo por sus formas mas analogía con nuestras comedias antiguas, era llegado el tiempo de dar nuevo impulso á nuestro decaído teatro, y de rehabilitar la escena española. En este afán de lanzarse á una nueva carrera ha habido sin du-

da exceso y extravío; mas era una consecuencia de tan poderoso impulso: la reacción contra el clasicismo hizo tal vez olvidar demasiado sus preceptos, romperlos de intento; pero el hervor primero ha pasado; la sana razón va recobrando su imperio, el gusto se mejora, se leen los buenos modelos, lejos de despreciar á nuestros antiguos se estudian mas que nunca; y en cambio de algunas composiciones exageradas, se ha conseguido un movimiento que no existia há ya mas de siglo y medio, movimiento que deberá producir los mas felices resultados. X

La diferencia de estado social y político hace también insuficiente ahora nuestro teatro antiguo. Cuando escribieron Lope, Calderon y demás ingenios del siglo XVII, la sociedad española se hallaba bajo el influjo de ciertos principios y creencias que han variado notablemente. Estos principios, las instituciones que regían hacia tiempo, habían producido un estado normal, permanente, al que todos estaban acomodados, que nadie combatía, que inspiraba seguridad, tranquilidad de ánimo. Los sucesos eran pocos, las ocupaciones uniformes, los pensamientos circunscriptos á cierta y determinada esfera: habia ideas fijas sobre multitud de cosas; y trazada para todos la senda de su conducta, ya temporal, ya espiritual, el alma gozaba de aquella paz en el seno de la cual las mas leves impresiones bastan para procurar sensaciones agradables y duraderas. El teatro debía estar en conformidad con semejante estado: bastábale la lozanía, la gala de imaginaciones brillantes y fecundas; pero debía resentirse de la misma limitación de ideas de que se resentía la sociedad; también tenia que circunscribirse á la misma esfera; no podía atreverse á lo que no se atrevían los hombres de entonces; no aspiraba á una libertad que estos no conocían. De aquí resultó uniformidad, monotonía: los autores se copiaban unos á otros y se repetían á sí mismos: la materia no bastaba á su fecunda imaginación, y teniendo que trabajar sobre unos mismos datos, acudían al ingenio para hacer y decir una misma cosa de cien modos diferentes, resultando de aquí la sutileza, la afectación, la metafísica ininteligible. Las circunstancias han variado inmensamente: grandes revoluciones han trastornado todo el orden social: las antiguas instituciones ya no existen; nuevos principios han reemplazado á los de aquella época; la paz de entonces se ha cambiado en movimiento convulsivo; la esclavitud del pensamiento ha pasado á ser libertad desenfrenada; y en tal estado no puede el alma contentarse con meras flores de la imaginación. X necesita un alimento mas substancioso, conmociones mas fuertes y en algo parecidas á las que diariamente experimenta. Así el teatro tiene que lanzarse por nuevas vías;

y si no quiere decaer y verse del todo abandonado, tiene que modificarse con arreglo á las circunstancias.

No pretendemos que esto sea un bien: al contrario creemos que es un mal para el mismo teatro y aun mas para los ingenios á quienes desgraciadamente ha tocado escribir en estos tiempos. De aqui resulta que sus composiciones han de participar forzosamente de ese carácter de incertidumbre y exageracion que es propio de la época; que no habiendo ideas fijas y dominantes, no pueden arreglarse á un tipo conocido y generalmente aceptado, no pueden formar escuela. Mas no se infiera de aqui que hayan de arrojar las plumas y condenarse al silencio: ceden á la necesidad, reconocen el imperio de las circunstancias, procuran combatir con ellas, y si sus esfuerzos no son inútiles, si logran dar á luz tal cual produccion que en medio de visibles defectos, brille por algunas dotes de poesía y talento, si despejan la maleza y abren el camino á otros ingenios que nazcan en mejor época, si han dado en fin el movimiento á la nueva era literaria, habrán hecho mucho y podrán quedar satisfechos; consolándose en tanto con la idea de que si tienen grandes defectos, otros tan grandes en sus antecesores no han sido parte para dejar sumidas sus obras en el olvido, ni arrebatables la gloria que les es debida.

Tres son, pues, las fuentes que han de concurrir á la formacion de nuestro nuevo teatro nacional. Las comedias antiguas, la literatura clásica y los dramas románticos: en las tres hay defectos que huir, pero tambien bellezas que imitar. La brillante poesía de las primeras, la regularidad, el buen gusto de la segunda; el movimiento y pasion de los últimos, son prendas que deben hermanarse para producir una composicion perfecta. Si del estudio de estos tres géneros pueden resultar tales ventajas, ¿habremos de renunciar á dos de ellos para volvernos á encerrar en uno que ya está agotado? ¿Qué pretenden los que claman porque volvamos á escribir en el estilo de nuestros antiguos poetas? Reducirnos á la esterilidad, quitarnos la originalidad por la que tanto abogan: obligarnos á ser malos copiantes de unos hermosos modelos. ¿Qué imitaremos de aquellos poetas? ¿Será su enredo que degenera en embrollo á veces incomprendible? ¿Serán sus desenlaces frios y triviales? ¿Serán sus continuos cambios de decoracion? ¿Serán sus escondites, tapadas, desafios y disfraces? ¿Serán sus graciosos, impertinentes y desvergonzados? ¿Serán sus equívocos, conceptos y afectacion de lenguaje? No por cierto: todos estos se tendrian hoy dia por defectos insufribles. Podrian algunas comedias donde estos defectos se reprodujesen pasar al principio en gracia de su objeto, mas en breve causarían hastío y se verían desaira-

das. El teatro antiguo concluyó con Calderon: pocos años despues de su muerte, empezaron tambien á recibir el golpe mortal las instituciones, las ideas, las costumbres, que le dieron su origen, que le alimentaron; y no es posible resucitarle á él, cuando ellas han muerto para siempre.

De otro mucho mayor provecho puede servirnos aquel teatro. En él hallaríamos siempre una copiosa fuente de inspiracion y de poesía; una mina abundante de pensamientos, situaciones y argumentos. El teatro antiguo se ha de estudiar con esmero para aprender la buena versificación, la feliz espresion de toda clase de conceptos, la nobleza de sentimientos, la urbanidad y delicadeza del lenguaje, el empleo oportuno de los diferentes metros, la viveza del diálogo, y otras prendas que debe tener el poeta cómico, y que con frecuencia se encuentran allí en el mas alto grado de perfeccion. Acaso nunca como ahora se le ha estudiado tanto con tan laudable fin, y no sería difícil presentar pruebas de que se hace con algun provecho. Compárense las producciones dramáticas de este tiempo con las de los últimos años del pasado siglo y primeros del presente; y esceptuándose á Moratin y algun otro, se verá un progreso notable en esta parte, asi como lo hay en cuanto á movimiento dramático y número de escritores. Los dramas modernos han sido y son objeto de severas criticas: no seremos nosotros los que salgamos á su defensa, ni desconozcamos lo fundado de aquellas. Hemos confesado ya que ha habido error; extravio; que la tendencia fatal de muchos dramas franceses habia corrompido el gusto; pero ni el exceso ha llegado á tanto como tal vez se exajera, ni su duracion ha sido larga: una pronta reaccion se ha verificado, y bajo su influjo es de creer que lleguemos al término apetecido. Por lo demas, muchos defectos que se les achacan no les son peculiares, y se hallan tambien en nuestras antiguas comedias tan recomendadas. La inmoralidad y el quebrantamiento de la historia son comunes en estas; y en cuanto á hechos horribles, tales se suelen ver en ellas que no se ha atrevido á presentarlos iguales ningun romántico moderno. Es preciso confesar que los poetas dramáticos han sido en todos tiempos muy poco escrupulosos respecto de estos puntos. La historia, por ejemplo, no es para ellos mas que una cantera de la cual sacan personajes, caracteres y sucesos aislados, para labrar con ellos un edificio á su gusto, asi como el arquitecto labra el suyo con las piedras que aquella suministra. Cosas hay en la historia que debe respetar el poeta dramático, otras que puede modificar á su antojo, y en esto consiste su tino y habilidad.

Estudien, pues, nuestros poetas las tres

fuentes que hemos mencionado, estudiélas todas sin prevención favorable ó adversa; imiten lo que hay en ellas de bueno, razonable y provechoso, persuádanse de que ningún género por sí solo puede ya formar entre nosotros un nuevo teatro nacional, y aplíquense á reunir las bellezas de toda clase que unos y otros suministran, con lo cual podrán todavía cojer abundante cosecha de aplausos y de gloria. ✕

A. GIL DE ZARATE.

REVISTA SEMANAL.

La Castellana de Laval.—*El Licenciado Vidriera*.—*Cerdan, justicia de Aragón*.

Cualesquiera que sean las opiniones que emitamos en nuestros juicios literarios, hijas son de nuestras convicciones, las mas profundas y sin dependencia de ajenas influencias. Cualesquiera que hayan sido los juicios que hemos publicado sobre el mérito de la ejecucion de algunos dramas y comedias, estamos prontos á repetirlos, porque los creemos ajustados á la verdad y á la justicia. Ni nos mete en cuidado el que disgusten á unos, ni nos envanece gran cosa el verlos aplaudidos por otros. Seguiremos nuestra marcha como hasta aquí, despreciando, como despreciamos, las nubecillas impertinentes del verano que pretenden sofocar la luz brillante del sol, la luz de la verdad.

La Castellana del Laval, drama en seis cuadros, traducido del francés, y representado en el teatro del Príncipe, no merece mas que elogios, y sinceramente se los damos. No es decir esto que carezca de defectos, porque muy grandes y muy notables los tiene; sino que en nuestra opinion, la regularidad de sus formas, la animacion de la fábula y la naturalidad é interés de las situaciones deben ponerle á cubierto de acerbas censuras. Parece-nos no mal presentada la primera época del reinado de *Francisco I*, de aquel gran rey francés, que vencido en Pavia, vino á sufrir la suerte de prisionero en la torre de Lujan, que pertenece al *Sr. conde de Oñate*. No sabemos si esa época brillante de la historia del mundo habrá contribuido al interés, al cuidado con que el público presenciaba la representacion de *La Castellana de Laval*; pero en lo que á nosotros toca, no podemos menos de confesar que despertó en nuestra memoria grandes recuerdos, como que en ellos iban el pontificado de *Leon X*, las glorias de *Cárlos I*, los desvarios de *Enrique VIII* de Inglaterra, y la brillante y guerrera corte de *Soliman* el Magnífico.

Ignoramos el nombre del autor de este drama, pero podemos asegurar á nuestros lectores que su argumento tiene gran semejanza con una novela de *Alejandro Dumas*, sobre el mismo asunto escrita. El acto 6.º sobre todo, porque hablar no queremos de la lijereza y buen tacto de los anteriores, ni de la magnífica situacion del 5.º, cuando el conde de *Chateaubriand*, caballero hasta el fanatismo, se vé precisado á renunciar á un nuevo combate y á ceder á su vencedor la espada de sus abuelos, aquella espada que libertó á *Francisco I* en la batalla de Marignan; el acto 6.º es eminentemente dramático: la escena del conde y de la condesa, hábilmente desempeñada por la *Sra. Díez*, y felizmente comprendida por el *Sr. Luna*, es de un efecto seguro. La ejecucion ha sido esmerada: algunos actores salieron perfectamente vestidos, distinguiéndose entre todos ellos la *Sra. Díez* por la riqueza de su traje, y los *Sres. Luna* y *Romea* (*don Florencio*, por la propiedad y aseo de los suyos respectivos.

El Licenciado Vidriera, original, de dos jóvenes literatos ventajosamente conocidos del público, ha tenido una suerte dudosa en el *Circo*, á que no era acreedor sin duda, si quiera se mirase el mérito de la obra, si quiera se tuviesen en alguna estima y consideracion las anteriormente aplaudidas tareas literarias de sus autores. Confesamos, es verdad, que el *Licenciado Vidriera* se resiente de haber sido escrito con precipitacion y poco exámen de lo que se hacia, sin tomar en cuenta muchas, aunque pequeñas circunstancias, cuyo olvido total contribuye muchas veces á resultados desagradables: pero si bien confesamos esto, probaríamos, si alguno lo disputase, que hay bellezas en él de algun tamaño, y que de ninguna manera debió recibirse con tan tremenda severidad, cosa que con tan pocas pretensiones se lanzaba al palenque dramático.

No sabemos qué razon poderosa habrá influido en el ánimo de los autores del *Licenciado Vidriera* para haber formado tan cabal empeño de separarse de la senda, sobre este mismo asunto trazada por el inmortal *Moroto*: no podemos creer haya sido la pueril vanidad de presentarse ataviados con mayores galas de originalidad, porque ninguno de los dos ignora que el *Sr. Martinez de la Rosa*, y con este otros que no citamos, porque no pretendemos lucir lo poco que sabemos, aunque eso poco lo hemos aprendido porque hemos po'to á renderlo, y esta digresion no va de ninguna manera con nuestros íntimos amigos los autores del drama en cuestion; porque, lo repetimos, los dos saben muy bien que el *Señor Martín de la Rosa* no ha vacilado en llamar original á su magnífica tragedia *Edipo*, sobre ajenas y anteriores producciones escritas. ¿A qué pues haber descartado del *Licen-*

estado *Vilriera* ese pensamiento moral tan habilmente desenvuelto por *Moreto*? ¿No vale mas la locura lingüida de este que la verdadera del otro? El pensamiento por *Moreto*, filosófico y profundo, presentado con novedad en la escena del día, manejado con ligereza y con gracia, cualidades que reconocemos y aplaudimos en los autores del *Licencioso Vidriera*, ese pensamiento hubiera sido fecundo en la imaginacion de estos, y de él hubieran nacido altas situaciones dramáticas y brotado grandes y necesarias consideraciones sociales. El estado de la sociedad actual, lejos de rechazar la idea del poeta del siglo XVII, la admite, la desea, la necesita: todavía existe en el mundo civilizado la manía de singularizarse para hacer fortuna: todavía se atiende al charlatanismo y á la estravagancia, con preferencia al verdadero mérito y á la virtud.

El *Licencioso Vilriera* está escrito, á pesar de todo lo que dejamos espuesto, con ligereza y desembarazo: no hablamos de su versificación, porque creemos suficiente poner en nuestro artículo los nombres de los literatos á cuya actividad se debe la nueva produccion dramática, los Sres. *Romero Larrañaga* y *Gonzalez Elise*. El público ha coronado ya con sus aplausos en el Liceo de Madrid las graciosas y melancólicas inspiraciones de estos dos poetas.

La ejecucion ha sido excelente.

Cerlan Justicia de Aragon.—Con mayores pretensiones que la anterior produccion y con mas elementos sin duda y mas esperanzas tambien el nuevo drama de *D. Miguel A. Príncipe* ha venido á llamar la atencion de los literatos y á fijar en su autor la consideracion general. Y decimos á fijarla, porque desde el conde *D. Julian*, primer drama con que el señor *Príncipe* se dió á conocer en la escena española, no habia aparecido poema alguno del poeta aragonés. *Cerlan*, *Justicia de Aragon*, nos ha demostrado que el autor del Conde *D. Julian* no tenia abandonadas las tareas literarias, magüer que importunas y lastimosas dolencias le distraigan de ellas con frecuencia.

Ahora bien, ¿cuál es el deber del crítico en esta ocasion solemne de la vida de los poetas dramáticos? Ya no deben militar en abono del poeta las consideraciones que se merecen la edad y la inesperienza: ya no le escudan las esperanzas que enjendra: ya no le ponen á cubierto de la severidad de la critica la insignificancia de un primer ensayo y la generosidad siempre excesiva del público que lo recibe y con indulgencia y benignidad lo juzga. El autor del *Justicia de Aragon* ha dicho: *mi primer paso fue acogido con indulgencia: voy á arrancar el fallo favorable de la justicia*. ¿Lo ha conseguido? El drama ha sido aplaudido con entusiasmo, el autor llamado

á la escena, y el público proclamaba al parecer el triunfo del poeta vencedor. Si estos hechos satisfacen la noble ambicion del señor *Príncipe*, desde luego le aseguramos que su gloria es completa: si este resultado llena cumplidamente la conciencia del literato, con sentimiento decimos al autor del *Justicia de Aragon*, que no es muy estrecha la que han formado en él la buena lectura de lo preceptistas.

Desde luego aplaudimos el pensamiento del autor: creemos que la historia de nuestro pais es un manantial inagotable de sucesos eminentemente dramáticos, y que los poetas españoles, con preferencia á todo, deben tomar en la historia de su pais el alimento de su imaginacion, la causa y el objeto de sus mas brillantes inspiraciones. Pero al mismo tiempo que abrigamos esta conviccion, es tal la severidad de nuestras opiniones en punto á que se debe guardar la verdad histórica, que no aprobamos, ni aprobaríamos jamas variaciones en esto, por mas que convenga á los intereses del poeta, por mas que de ello resulte una ventaja grande en la composicion. Esta lijera indicacion habrá dado á conocer al Señor *Príncipe*, que de entendido se pasa, que no vemos las épocas y las personas del mismo modo. El Rey Don Pedro de Aragon calzaba mas puntos de energia y de dureza de alma: apellidado el *del puñal*, no se contentaba seguramente con amenazas de venganzas futuras y con palabreria presente: hable la historia por nosotros, esa historia que califica del siguiente modo los tres reinados mas notables por la singularidad de sucesos en ellos acaecidos: «La España tuvo la desgracia en esta época de ser gobernada por tres *Pedros Crueles*; el I de Portugal era cruel por exceso de justicia; el IV de Aragon, por interés y venganza; y D. Pedro de Castilla, por exceso de justicia, inclinacion y capricho.» ¿El Rey que tan importante situacion ocupa en el drama del Sr. *Príncipe*, es el mismo Rey de la historia? Nosotros que conocemos las dificultades de escribir un buen drama, hacemos la justicia al Sr. *Príncipe* de creer que los obstáculos y combinacion clásica de la fábula, no le han permitido presentar en toda su pureza los conocimientos históricos que le adornan. Iguales reflexiones podíamos hacer acerca del Infante D. Juan, el *amador de la gentileza*; mas semejanza tiene á la verdad en lo turbulento con algunos agitadores de esta edad en que vivimos, que con el galan mancebo de la corte de Aragon.

Pero dejando aparte, porque no se crea que es nuestra intencion turbar con descomulgada censura el triunfo del Sr. *Príncipe*, el colorido general de la obra, y lamentando la equivocada aplicacion que se intenta dé á la

palabra *libertad* la generalidad del público, con bastante frecuencia usada en este drama, y áncora en otros para conseguir estrepitosos aplausos, fijemos nuestra atencion en la estructura de la fábula, en el interés de las situaciones, en la verosimilitud de los sucesos.

Fuerza es confesar, y con gusto lo hacemos, que el *Sr. Príncipe* ha dejado muy atras su primer ensayo dramático en la regularidad de las formas, en la distribucion acomodada de los incidentes que constituyen la fábula. Mas natural, mas sencilla, mas franca, mas clásica en fin la marcha del *Justicia de Aragon*, el autor ha descartado su obra de aquella prodigiosa acumulacion de circunstancias que hacen picar en enojosa y cansada á su primera produccion. Tal vez esta severidad del plan le haga perder en atrevimiento poético: pero ha ganado en mesura y exactitud, en aplomo y en lo ajustada que se halla á los buenos principios literarios. Lastima es por cierto que el interés no sea mayor y que tal cual situacion felizmente concebida no produzca todo el efecto que producir debia, por falta de cuidado en su preparacion. La extraordinaria languidez del drama hubiera sido indudablemente de algun desagrado para el señor *Príncipe*, á no haberle protegido el entusiasmo patriótico de que se hallaban poseidos muchos de los que asistieron á su representacion.

Quizás este ligero juicio de *Cerdan* parezca duro y poco merecido á su autor: si así sucede, sentiremos doblemente que las estrechas dimensiones de nuestro periódico no nos permitan justificar con numerosos y exactos razonamientos nuestras opiniones. El *Señor Príncipe del Cerdan* no es el *Sr. Príncipe del Conde D. Julian*: el poeta de entonces merecia indulgencia: el poeta de ahora debe ser juzgado con severidad, si bien con justicia y con decoro.

El drama del *Sr. Príncipe* saludado con aclamaciones populares, habrá satisfecho la ambicion del hombre público; pero nosotros creemos que no habrá sucedido lo mismo al poeta encerrado en la soledad de su gabinete consultando á su conciencia literaria. Y no se crea que nosotros al decir esto no tomamos por justos los aplausos que se dieron. Aplausos merece siempre el que en mas de una ocasion hace alarde de fácil y elegante poeta, y de severo y grave pensador. Momentos y situaciones hay en el drama en que el *Sr. Príncipe* se hace acreedor á la consideracion de los hombres de letras, y que le colocan en muy distinguido lugar entre los escritores dramáticos de la época.

La ejecucion ha sido escelente. La *Señora Lamafrid* (D.^a B.) se ha sostenido á la altura que tiene ganada por sus conocimientos artísticos en un papel de tan poco lucimiento como el de la *Reina Sibila*. *Teodora Lamafrid*

y *Latorre* recibieron repetidos aplausos: la primera por la energia de la expresion, por su dignidad en el segundo acto: el segundo por la mesura, la inteligencia, el aplomo y verdad con que presentó el carácter de *Domingo Cerdan*, no mal dibujado, por el *Sr. Príncipe*. El *Sr. Noren* y el *Sr. Lopez* correspondieron á la buena opinion que de ellos tiene el público, con justicia ganada. Los *Señores Monreal, Lumbrera, Pizarroso, Caltañazor*, todos en fin, contribuyeron poderosamente al buen éxito de la funcion.

El drama fue vestido con lujo y mas que regular exactitud = *J. M. D.*

VARIEDADES.

El *Liverpool Times* refiere que el sábado 29 de mayo último llegaron á Liverpool á las siete menos cuarto de la tarde dos viajeros, que habian salido de Bruselas á las tres de la tarde del día anterior por el camino de hierro que les condujo á Ostende: allí se embarcaron acto continuo en un vapor que salia para Blackwall en aquel momento; al desembarcar en Blackwall tomaron el camino de hierro que conduce á la ciudad de Londres, y teniendo la suerte de llegar á esta capital en el acto de ir á marchar el tren de coches por el camino de hierro que va á Liverpool, verificaron su espresado arribo á este último punto, habiendo recorrido en 27 horas y tres cuartos la distancia de 450 millas inglesas, ó sean unas 400 leguas españolas, que separa á Bruselas de Liverpool. ¡Asombrosa velocidad por cierto!

AL DESIERTO.

Cancion puesta en música por la señorita doña Elvira Ramos.

I.

Tú, desierto, que miro lejano
Entre nubes de polvo y arena,
Tú mitigas mi fervida pena,
Desterrando del alma el dolor;
Y estasiada mi mente en tu Hano,
Silencioso cual tumba callada,
En ti encuentro la calma anhelada
Que he buscado con ansia y ardor.

II.

Lejos ya del vivir bullicioso
Que agitaba mis años, prefiero
Este aspecto sencillo y severo
A placeres sin gozo y sin fin.
Cuando piso tu suelo arenoso,
Dó la planta resbala y se hunde,
Te contempla mi vista y confunde
Su mirar tu lejano confin.

III.

Ese sol ardoroso que brilla
Con reflejo divino en tu suelo;
De tus aves el rápido vuelo;
Esas fuentes de limpio cristal;
Esta flor que levanta sencilla
Y modesta su cándida frente,
Y esa palma que reta imponente
A la furia del tiempo fatal:

IV.

Todo en fin, solitario desierto,
A mi alma ha agitado, ha llevado
Esa calma que nunca he encontrado,
Aunque siempre tras ella corri,
Y mi seno á la paz ora abierto
Emoción deliciosa respira,
Que coloca en mis manos la lira,
Y por eso sus cuerdas herí.

JOSE MANUEL TENORIO.

MADRID 25 DE JULIO.

Las últimas representaciones de la ópera de *Mercadante* D. Quijote de la Mancha, y de la Zarzuela del Sr. Basili, han sido acogidas por el público con el mismo favor y benevolencia que las primeras. Todos los cantantes han ganado en aplauso y seguridad. La manera con que se ha puesto en escena y la notable propiedad y exactitud que en esto se ha observado ha llamado la atención del público, y hemos sabido que se debe al actor don Agustín Azcona, encargado por la empresa para ello, á causa de haber cesado en la dirección el Sr. Galli. Damos nuestro mas cordial parabien al señor Azcona, si bien sus conocimientos en esta materia reclaman los aplausos que de justicia se le deben.

A la mayor brevedad se pondrá en escena el *Terremoto de la Martinica*. El solo título de esta producción dramática deja conocer los inconvenientes que habrá tenido que vencer la empresa del teatro de la Cruz, para presentarla de una manera digna del ilustrado público madrileño. Son grandes efectivamente los desembolsos que ha hecho, variadas y magníficas las decoraciones, y escaseo el celo y actividad que emplea en cosa de tan difícil ejecución.

La comedia que se anuncia para el teatro de la Cruz, titulada *Los dos Cerrajeros*, está escrita con suma gracia y talento, como fruto de la mas escogida pluma del periódico fran-

cés titulado *Charivari*. Los últimos periódicos recibidos de París, anunciaban la 44.^a representación. Creémos que el público de Madrid no negará sus aplausos á una composición que tanto ruido mete en los teatros de Francia.

En PAMPLONA se acaba de estrenar un magnífico teatro hecho á espensas de la autoridad municipal, y en prueba de su bondad bastará decir á nuestros lectores que hasta ahora ya lleva costado ochenta mil duros, y está la fachada por concluir. Se han representado en él las piezas siguientes: *Amor de madre*, *Lázaro ó el pastor de Florencia*, *El amigo mártir*, *La cruz de oro*, *Dios los cria y ellos se juntan*, *El varón de Illescas*, *El Cuakero y la cómica*, *No siempre el amor es ciego*, *La sociedad de los trece*. Las cartas que hemos recibido de aquella capital, hacen muchos elogios de la primera dama, al señorita Doña Dolores Pérez.

En la noche del 45 del actual se representó en Salamanca el drama histórico titulado, «Vencer deshonra con honra, ó los Bandos de Salamanca.» (Composición del joven D. Ventura Ruiz Aguilera.—Esta producción revela en mas de un rasgo el talento de su autor, aunque tambien puede suministrar materia para una severa critica. El Sr. Aguilera nos ha dado ya pruebas de su aplicación y bellas disposiciones para la difícil carrera á que se ha dedicado. La ejecución nada nos dejó que desear, sino que el rey D. Enrique IV hubiera estudiado su papel con mas esmero. Los señores Arjona, Edo, Serrano y Baus estuvieron felices en el desempeño de sus respectivos papeles. La señora Monterroso en el de Isabel arranco muchos y merecidos aplausos. Siga, pues, la señora Monterroso cultivando sus buenas disposiciones artísticas, imite á los excelentes modelos que en el curso de su carrera pueda observar.—Concluido el drama, el autor fué llamado á la escena, y los aplausos repetidos nuevamente. La señora Monterroso leyó una composición que de antemano le confiaron algunos apasionados del joven poeta, que fué coronado á continuación.

TEATRO DEL PRINCIPE.

A las ocho y media de la noche. 4.º Sinfonía. 2.º Se pondrá en escena la comedia de gracioso, nueva, en tres actos, arreglada al teatro español, titulada: *El héroe por fuerza*, en la que desempeñará el principal papel el primer actor don Antonio de Guzman. 3.º Intermedio de baile nacional. 4.º Terminará el espectáculo con un divertido sainete.

TEATRO DEL CIRCO.

A las ocho y media de la noche el drama nuevo en cinco actos, titulado: *Los dos cerrajeros*. Dando fin con baile nacional.

TEATRO DE LA CRUZ.

A las ocho y media de la noche la ópera en 3 actos, titulada: *I capuletti e di Montechi*.

IMPRESA DE D. IGNACIO BOIX, EDITOR.